

En relación al vocabulario técnico de la antropología se sigue a Sperber, en el sentido de que nuestra disciplina requiere de vocabulario técnico propio no sólo para explicar sino también para interpretar, en definitiva, para hacer etnografía; y, que para establecer ese vocabulario viene haciendo acopio, entre otros, de términos folk, como «familia»; términos indígenas, como tabú; y, de términos teóricos, como «primos paralelos». Y si la Antropología puede hablar sólo con los términos que les son propios, lo que está en cuestión, desde el punto de vista del «relativismo cognoscitivo», no sólo es la comparación intercultural (explicación), sino la propia etnografía hecha por un etnógrafo que pertenece a otra cultura (interpretación).

Tomada la obra en su conjunto, y con un interés puesto en la determinación de sus mayores aportes, sobresale la acuciosa evaluación que se hace de las principales propuestas metodológicas contemporáneas ante los apremios que tiene la Antropología para la construcción de teorías de al-

cance transcultural, y el haber encontrado en este derrotero promisorias entradas y respuestas en la concepción estructural de las teorías, en la que sobresale el argumento de que éstas no sólo pernean las explicaciones, sino también las interpretaciones: «si entendemos las teorías como predicados de estructura, la propia descripción etnográfica, el cómo funciona, un ‘cómo’ que incluye tanto gramáticas culturales como relaciones funcionales o causales o de compatibilidad entre distintos elementos, es la teoría» (2003: 25). ¿Y por qué la propia descripción etnográfica es teoría? «Porque en la base de la etnografía está supuesto de que los sistemas socioculturales responden a características y resuelven problemas humanos a través de instituciones multifuncionales» (2003: 25). En definitiva, para Aurora González, la única descripción posible es aquella que es a la vez interpretativa y teórica, como la única etnografía posible es aquella que es a la vez emic y etic.

TEODOMIRO PALOMINO

CARLOS AGUIRRE

Breve historia de la esclavitud en el Perú. Una herida que no deja de sangrar

FONDO EDITORIAL DEL CONGRESO DEL PERÚ, LIMA, 2005

En una conversación con Carlos Aguirre¹ hace algún tiempo con respecto a cómo se ha ido desarrollando la historia social en la última década nos dijo: «la historia social

ha ido perdiendo perfil propio, se ha desintegrado en una serie de temas muchos de ellos exquisitos y muy interesantes; pero que no necesariamente forman parte de una

1 Entrevista inédita con Carlos Aguirre mayo 2004. El Dr. Aguirre es profesor en el departamento de historia de la Universidad de Oregon. Ha publicado numerosos trabajos sobre la esclavitud, el delito y el castigo en Perú y América Latina destacando: *Agentes de su propia libertad* (1993), y *últimamente un exhaustivo trabajo de largo aliento The prison experience: The male criminals of Lima and their worlds, 1850-1935* (2005). Ha coeditado trabajos como *Bandoleros, abigeos y montoneros* (1990), *The birth of the penitentiary in Latin America, Crime and punishment in Latinamerica*, entre otros.

preocupación teórica, rigurosa sobre el pasado de nuestra sociedad. De manera que hay que darle la bienvenida a esta multiplicidad de enfoques, pero al mismo tiempo hay que lamentar que estos esfuerzos no se canalicen en el camino de una investigación bastante más teórica y que además conecten como dijimos años atrás en nuestra revista las preocupaciones sobre el pasado, con una mayor atención a las problemáticas actuales».

El trabajo del profesor Aguirre constituye en la búsqueda que el mismo plantea un disciplinado esfuerzo de síntesis de los avances más importantes de la historiografía con relación al tema de la esclavitud en el Perú y un acercamiento del problema de la esclavitud en general con la rigurosidad y modestia que lo caracteriza. Pero como sabemos los que en algo lo conocemos, este trabajo no solo muestra al riguroso académico sino también al maestro con el compromiso social de «poner el dedo en la llaga», de un problema que aun no se va completamente. En las páginas del libro encontramos una radiografía del comportamiento social de la época colonial que nos da no solo una mirada al pasado sino, las herramientas de reflexión para saber que tanto hemos cambiado en la actualidad, con respecto a esa parte de la población que constituye pasado y presente ineludible de la nación peruana.

En los seis capítulos que constituyen el libro se aprecian las problemáticas de el comportamiento social de los esclavos en el Perú, así como la importancia de su paso por la historia Peruana. En el capítulo I en primer lugar Aguirre nos lleva a un recorrido sobre el origen de la esclavitud en el Perú relacionando la trata negrera con la economía estatal del imperio emergente y la vida económica cotidiana de los españoles desde los albores de la invasión europea, así como los efectos de el trabajo, y en

general la presencia de la población esclava, en el establecimiento del orden colonial. En segundo lugar nos conduce a una mirada hacia las formas de trato o cómo bien dice «maltrato» a las que fueron sometidas la población esclava o de ese origen y las prácticas sociales de la mano con normas jurídicas y de otra índole formuladas por la elite para justificar y legitimar la existencia de un «otro» en una sociedad de distinción regulada.

En el siguiente capítulo Aguirre nos transporta al mundo rural esclavo que cobra vida principalmente más no exclusivamente en las haciendas. Señala la importancia de la esclavitud en términos de productividad y su creciente importancia para la economía interna a lo largo del periodo colonial. Luego explora el mundo interno de la vida esclava ofreciéndonos un panorama nada homogéneo de su situación, describiendo y analizando la vida de los esclavos en los galpones y las relaciones de estos con los esclavos del servicio doméstico y de otras tareas diversas que enmarcaban categorías sociales reconocidas por los amos.

El tercer capítulo está dedicado a desentrañar el complicado mundo urbano de la población esclava y sus descendientes en la ciudad, dedicándose profundamente al caso de Lima como modelo urbano.

Un extraño contrapunto entre la vida en las panaderías y en las casas de los amos nos embarca en la vida cotidiana de los esclavos en las ciudades. Lejos de él está el querer apreciar las eventuales condiciones favorables de los esclavos en la vida privada en base a procesos afectivos y otras circunstancias anómalas proporcionadas por estudios de casos, cómo una muestra del conjunto. Esto si bien es cierto completa el cuadro de las diferentes circunstancias de la vida cotidiana no nos habla de la benignidad del sistema en la ciudad sino de los dis-

tintos mecanismos de evasión a la norma y a la marginación social que se entrelazaban en un mundo completamente jerarquizado y desigual. Si bien es cierto se sirve de los frondosos y elegantes arbustos de la microhistoria y las cuestiones de género en tiempos de la postmodernidad, para darnos una historia más humanizada que teórica, no pierde de vista el bosque de vigilancia, control social y castigo punitivo en el que vivía la población esclava. A la luz de los memorables trabajos de Flores Galindo nos demuestra el nivel de exclusión social que se reproducía en la imagen que de los esclavos y de la plebe en general tenía formada la elite colonial y su correlato republicano con el objetivo primordial del mantenimiento del orden. Sin exageraciones, a la luz del trabajo de Cosamalón procede a mostrar los grados de integración social y asociación a los que la plebe pudo acceder de manera horizontal pero no vertical en una sociedad aristocrática.

En el siguiente capítulo nos habla en general: del aporte cultural de la población esclava y sus descendientes en la cultura peruana enriquecida contundentemente con el sincretismo con la cultura africana, incidiendo en la religiosidad y en el arte; y en especial, de destacados artistas como Gil de Castro y Pancho Fierro.

El capítulo quinto nos habla de las formas de evasión al orden social impuesto

por los españoles. Desde las más sutiles (dejar de trabajar o entorpecer la producción) hasta las más radicales y subversivas (cimarronaje y bandolerismo) pasando entre ellas la manumisión lograda con distintos mecanismos pero la mayoría de ellas producto de su esfuerzo. En todas ellas se transmitía el profundo desprecio a su situación social que expresada de formas sutiles o violentas demostraba la actitud activa de la mayor parte de la población esclava.

El último capítulo nos habla del desmantelamiento del sistema esclavista en un largo periplo desde la hipócrita prohibición de la trata negrera por los ingleses en tiempos de la masacre de Peterloo; la conciliadora posición de San Martín el oportunismo de Bolívar y el carnaval liberal de Castilla que busca poner fin de la manera más condescendiente y favorable para los sectores propietarios, sin importar el destino inmediato de la población esclava, que desde mucho tiempo atrás eran «agentes de su propia libertad».

En el epílogo nos recuerda que el decreto de Castilla no puso fin a la discriminación, el abuso y la intolerancia, es una herida que no deja de sangrar y que debemos denunciar «porque después de todo el mundo no va a cambiar por sí solo».

JUAN RODRÍGUEZ DÍAZ
juanro2003@hotmail.com